



Vol. 9, No. 2, Winter 2012, 485-489

www.ncsu.edu/acontracorriente

Review/Reseña

Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo 1945-1955*. Biblos: Buenos Aires, 2011.

Persuasión y cooptación durante los gobiernos de Perón (1945-1955)

Pablo Ponza

Universidad de Buenos Aires/CONICET

Flavia Fiorucci es Doctora en Historia por la Universidad de Londres e investigadora del CONICET. Este libro de doscientas veintiséis páginas editado en Buenos Aires (2011) por Biblos es resultado de su tesis doctoral. El texto centra su análisis fundamentalmente en el vínculo establecido entre los sectores más activos de la clase media letrada y los dos primeros gobiernos de Juan Domingo Perón. Más concretamente, explora las iniciativas de la gestión aplicadas entre 1946 y 1955 sobre el campo de la cultura, el pensamiento y el arte, al tiempo que describe cómo fueron recibidas y

asimiladas dichas iniciativas desde algunos núcleos intelectuales, revistas y asociaciones culturales de la época.

El trabajo es un excelente mapeo del período puesto que contextualiza adecuadamente los principales debates y polémicas de entonces, relativizando algunos mitos represivos de la vida intelectual argentina mientras gobernó Perón. No obstante, el trabajo no pretende refutar o reemplazar la historia de censuras y hostigamientos que sufrió en aquellos años un sector del antiperonismo, sino rastrear las tramas interiores de una relación compleja. Esta historia se enmarca en un escenario político nacional altamente crispado, signado por la falta de entendimiento y un modo dicotómico de afrontar las diferencias ideológicas. En ese contexto la adhesión o rechazo al peronismo funcionaron como referencias infranqueables: eras amigo o eras enemigo del régimen. No había puntos intermedios. De este modo, la creciente espiral de radicalización política lo subsumió todo. Todo conflicto giraba en torno o era accesorio al conflicto central. Este hecho generó, al igual que en el resto de los estamentos sociales e institucionales, un desdoblamiento del campo intelectual donde comenzaron a premiarse más las preferencias ideológicas que las virtudes estéticas.

Si bien el estudio se focaliza especialmente en la perspectiva de los intelectuales antiperonistas agrupados en la Asociación Argentina de Escritores (SADE) y la Asociación de escritores Argentinos (ADEA), el libro dedica un capítulo entero a los cuadros letrados que se identificaron con el régimen y no se limita a cuestionar las estrategias de persuasión y cooptación puestas en marcha por el peronismo. Fiorucci señala que las clases cultas rechazaron unánimemente las estrategias de acercamiento propuestas por el gobierno, al cual percibían como una expresión criolla y torpe del fascismo mussoliniano. Frente a este desprecio y ante el evidente fracaso inicial, el gobierno no supo diversificar o alternar su acceso y optó por agudizar la confrontación.

A juicio de Fiorucci, los logros del gobierno en el campo cultural se vieron más bien restringidos a la integración simbólica de los sectores más rezagados e históricamente despreciados por la aristocracia y la burguesía letrada. La política de reconocimiento de la clase obrera, que en rigor era la que daba sustento electoral al régimen,

privilegió la identificación emocional y la asimilación homogénea al peronismo. Desde la perspectiva de la autora, la centralización, burocratización y discrecionalidad en el manejo de los presupuestos estatales para cultura condujo a que las intervenciones del gobierno peronista se inclinaran más hacia el espectáculo y las fiestas que al desarrollo o modernización de bibliotecas, museos, centros culturales, etc.

A mi entender, una de las riquezas del texto radica en la justa dimensión que Fiorucci da a las costumbres, prácticas y consumos culturales que dominaban el espectro intelectual de la época. Es decir, la heterogeneidad profesional de quienes se identificaban como escritores en 1940 y principios de 1950 demuestra que los intelectuales actuaban en función de principios de legitimación de un campo cultural hasta entonces desregulado casi por completo. En aquellos años el campo cultural, del pensamiento y el arte aún no estaba dividido en áreas disciplinarias específicas y estancas—como ocurrió a partir de 1957 con la incorporación de las nuevas Ciencias Sociales—sino que sus características y parámetros eran permeables a la intervención no especializada de autodidactas, pero incompatible con el afán de control y adoctrinamiento del nacionalismo popular introyectado por Perón.

El paulatino mimetismo que sufrió el estado respecto del peronismo y el perfil centralista, cosificado e intervencionista que fueron adoptando sus instituciones quedó claramente expuesto, por ejemplo, a partir de 1948 con la creación de la Secretaría de Cultura y el Ministerio de Educación de la Nación, que extendió textos oficiales a todas las escuelas públicas con contenidos político-partidarios que enaltecían las figuras de Perón y Eva Duarte. Lo mismo ocurrió con el Segundo Plan Quinquenal (1952), que estipuló la doctrina peronista como doctrina nacional. Es decir, en poco menos de cuatro años lo que habían sido una serie de principios programáticos partidarios se convirtieron en obligaciones para funcionarios y empleados estatales. Incluso a partir de la segunda presidencia la identidad peronista fue presentada como exclusiva e incompatible con otras lealtades.

En este marco está claro que la figura ambigua, bohemía, elitista, polémica y eminentemente crítica del intelectual no se ajustaba a las demandas de adhesión explícita e incondicional requeridas por el régimen. Al contrario, la intensidad del peronismo de moldear

intelectuales orgánicos generó gran tensión en el campo de la cultura, provocó miedo e inclinó a la resistencia, la rebeldía contra el autoritarismo, la prepotencia y la imposición. La conducta de los intelectuales en buena cantidad de casos fue la de optar por la autocensura pues prefirieron evitar hostilidades y represalias como las que habían sufrido Jorge Luis Borges y Victoria Ocampo, íconos de la intelectualidad liberal de la época, quienes fueron desplazados de sus cargos públicos e incluso, en el caso de Ocampo, perseguida y hasta encarcelada. De este modo, los escritores se despolitizaron aunque, como era de esperar entre pares, el encono contra el peronismo aumentó considerablemente.

Creo que en este punto es importante resaltar la honestidad de Fiorucci al advertir al lector que las fuentes utilizadas en la investigación provienen preferentemente del antiperonismo. De allí que la construcción de la imagen del peronismo sea absolutamente negativa. En este sentido observamos que las representaciones del peronismo con frecuencia eran desmesuradas, como aquella que equiparaba al peronismo con el nazismo. Si bien no es tarea de este libro ni de esta reseña, considero necesario contrastar dicha construcción con otras fuentes, en especial con documentación oficial donde se reflejen los objetivos y propósitos de las políticas culturales emprendidas.

Para terminar, creo que no huelga decir que hacia el interior del bloque antiperonista no había una cohesión ideológica estable sino que se concentraban fundamentalmente alrededor de su pleno rechazo a Perón. Luego del 16 junio de 1955, tras el bombardeo a la Plaza de Mayo—con más de trescientas personas asesinadas y más de mil heridos—el bombardeo de la Casa de Gobierno, el intento de asesinato a Perón y el violento derrocamiento del gobierno constitucional, el antiperonismo no sólo comenzó a mostrar su agrietamiento y discrepancias interiores sino que intentó resolver las contradicciones a través de medidas y acciones concéntricas y autoritarias muy semejantes a las que cuestionaban y de las que habían querido liberarse durante las gestiones de Perón. De hecho, poco tiempo después de la deposición del líder, Ernesto Sábato y Ezequiel Martínez Estrada publicaron textos (*El otro rostro del peronismo* y *¿Qué es esto?* respectivamente) en los cuales hacían una revisión crítica del visceral antiperonismo de la clase media, resquebrajando el hermético bloque

intelectual liberal y dando paso a una juventud letrada que durante los sesenta, pero especialmente desde los primeros años de la década de 1970, comenzará a resignificar y ver con gran simpatía el movimiento político nacional y profundamente popular puesto en marcha por Perón en 1943.